

(d)

ALICIA H. PULEO*

"NO DEBEMOS RENUNCIAR A LA POSIBILIDAD DE IR DEJANDO HUELLAS DE NUESTRO PASO"

– A la petición del deseo propio de las mujeres en los años sesenta, el capitalismo nos responde imponiéndonos el goce e instituyéndonos como objeto de deseo. ¿Qué respuesta le podemos dar para articular una política del deseo de la economía del goce actual?

El fenómeno es similar a lo que ha ocurrido con las legítimas peticiones de mejora de las condiciones materiales de vida del proletariado. En el capitalismo de consumo, los individuos son manipulados a través de sus pulsiones y deseos, esclavizados y sepultados por innumerables objetos innecesarios que les roban su tiempo y dispersan y fragmentan su conciencia. El sistema actual impulsa la producción de deseo, de un deseo que es infinito. Ya, de hecho, en los orígenes del capitalismo, el mismo Adam Smith sabía que el deseo de acumulación de posesiones era insaciable y no traía necesariamente la felicidad pero lo consideraba una ilusión útil para promover la industria. No vivimos en épocas de ascetismo sino de invitación al goce. Pero no creo que debamos rechazar la conquista de la libertad sexual por más alienada que nos parezca la forma en que se esté dando. Me parece absolutamente preferible a la situación precedente o a la condición sexual femenina en los fundamentalismos religiosos actuales. Pienso que una buena respuesta podría ser la aplicación de la sabiduría epicúrea combinada con la conciencia de autonomía feminista. El epicureísmo enseñaba a gozar con mesura de los placeres del cuerpo para conservar la libertad, no encadenarse a ellos ni pretender eliminarlos. La *sophrosyne* o templanza era sabiduría adecuada para disfrutar tanto de la bebida como de la comida o del eros. El feminismo nos permite tomar conciencia de las condiciones sociales en que las mujeres accedemos a la sexualidad: en un contexto en el que nuestro reconocimiento como personas no está de antemano asegurado. Hay que luchar por ese

* Universidad de Valladolid. Entrevista realizada por Iolanda Martínez Suárez (Universidade de Santiago de Compostela).

reconocimiento. La gran ventaja de una chica con conciencia feminista sobre otra que no ha tenido oportunidad de adquirirla es tener una visión más clara y perspicaz, menos ingenua, del estatus del grupo de sexo-género al que pertenece y de la instrumentalización a la que probablemente se la pretenda someter y que no esté dispuesta a admitir. La feminista tiene más posibilidad de ser respetada y conseguir relaciones afectivo-sexuales mucho más satisfactorias en todos los sentidos.

– Ante el resurgimiento de los fundamentalismos religiosos las mujeres vemos la fragilidad del equilibrio conseguido ¿Cómo podríamos afianzar los logros para evitar "que nos retraigan a épocas felizmente superadas"?

Yo creo que una de las formas es cultivar el pensamiento crítico. El peligro de la anomia y el riesgo de la comodidad consiste, justamente, en las sociedades democráticas actuales de consumo, en creer que la libertad está absolutamente conseguida y perder la curiosidad intelectual. Se trataría de conservar el pensamiento en activo. Deberíamos recordar al respecto ese grabado de Goya que se llama *El sueño de la razón produce monstruos*: cuando la razón se vuelve perezosa surgen rápidamente los prejuicios, los dogmas, las supersticiones. Entonces, como medida preventiva, hay que mantener el espíritu crítico, cultivar el placer del conocimiento y tener claro, como lo tuvieron los ilustrados del siglo XVIII, que es posible y deseable una moral laica. No necesitamos dogmas religiosos para saber lo que es justo y bueno. Bastan la razón y la empatía con el Otro oprimido. Pero estos dos pilares han de ser firmemente construidos. De lo contrario, la sensación de pérdida de rumbo, el desconcierto, pueden convertirse en terreno abonado para los fundamentalismos religiosos.

– En un artículo titulado “En torno a la polémica igualdad/diferencia” recurras a Virginia Woolf para reflexionar sobre este debate ¿Cómo respondes tú al interrogante al que se somete V. Woolf en *Tres Guineas*: la inclusión de la mujer en la educación, en el trabajo y en la militancia?

A mí me gustó mucho *Tres Guineas* porque encontré una gran lucidez en su respuesta al problema. Allí reconoce que la integración probablemente implique la pérdida o el debilitamiento de una serie de virtudes valiosas, pero también ve que no hay más que un camino, que es el mismo camino de inclusión de las mujeres en el ámbito de lo público, del trabajo asalariado, de la política y la creación cultural. Yo espero que, como sujetos reflexivos con una historia distinta atrás, recorramos ese mismo camino de la manera más transformadora posible. Indudablemente, eso no quiere decir que todas las mujeres vayamos a tener actitudes transformadoras, así como tampoco todos los hombres tienen actitudes críticas. Pero no debemos renunciar a la posibilidad de ir dejando huellas de nuestro paso. Por otro lado, es evidente que incluso sin proponérselo se están ya empezando a

producir adaptaciones en los roles de mujeres y hombres y, consecuentemente, en las identidades de género. La bipolarización tradicional se hará borrosa porque las prácticas configuran las identidades en un grado muy elevado.

– Son esas cualidades llamadas femeninas resultado de la opresión.

Quizás. Pero yo no soy una esencialista que piense que todas las mujeres tienen esas cualidades. Otra cosa es que, estadísticamente, pueda haber una mayor prevalencia de determinadas actitudes. Ese hecho, interpretado adecuadamente, y conceptualizado como una opción política en sentido amplio puede significar un proceso transformador. Ahora bien, en alguno de mis trabajos he sostenido que no debemos exigir a las mujeres virtudes de género pero que debemos examinar el género de las virtudes, que no es lo mismo. No se le puede exigir a un individuo, por pertenecer a un grupo social oprimido particular, que muestre virtudes de ese grupo. Pero, como individuos que pertenecemos a esa historia tenemos una buena base para ejercer una crítica de la cultura hegemónica.

– Hoy en día, las mujeres son mayoría en los pupitres universitarios, pero siguen ocupando mayoritariamente las aulas de carreras tradicionalmente femeninas (educación, salud...). ¿Estamos ante un fracaso de la incorporación de la mujer en la educación por no desmontar la educación previamente, como pasó con la revolución sexual?

Nos tendríamos que preguntar si es un fracaso que sigan las mujeres eligiendo mayoritariamente esas carreras. Porque al decir que es un fracaso también estamos haciendo una valoración androcéntrica de esas carreras. En todo caso, nos tenemos que asegurar de que no haya una orientación adscriptiva de género y, a través de una adecuada información, animar a las jóvenes que se sientan atraídas por titulaciones tradicionalmente masculinas para que no duden en matricularse. Una vez asegurado esto, si la elección continuara siendo similar a la actual tampoco me parece que se podría hablar de fracaso. Tendremos que preguntarnos por qué esas carreras están menos consideradas cuando son, justamente, carreras fundamentales para la calidad de la vida.

– Pero hay que preguntarse por qué todas las niñas quieren estudiar humanidades y no ingeniería.

La pregunta lo plantea ya como un problema. La respuesta que se ha dado desde la psicología feminista es que las mujeres tienen una actitud más relacional y los hombres una actitud más instrumental. ¿Es esto construido socialmente? Me limito aquí a la actitud agnóstica de John Stuart Mill: no lo sabremos hasta que haya una total igualdad de oportunidades. Pero hay algo seguro y es que no todas las mujeres van a ser relacionales, ni todos los hombres instrumentales. Por lo tanto, debemos asegurarnos de

que haya una libre elección, no condicionada por estereotipos sexistas. Para eso tenemos que seguir rastreando en la formación, ver si persiste el subtexto de género en la educación. Eso se ha hecho y se continúa haciendo, pero el problema es que las investigaciones al respecto no llegan al profesorado de los distintos niveles porque la formación en teoría feminista y de género aún no es reconocida institucionalmente como debería serlo.

– Cuando el feminismo se hace más sonoro, la sociedad patriarcal responde con un mayor nivel de dominación masculina. ¿Implica esto un peligro de separación entre las mujeres en el poder y el resto de mujeres de otras clases sociales educadas en esta dominación que no pueden detectar?

No lo creo. Salvo que las mujeres que accedan a esos ámbitos de poder sean claramente antifeministas y se coloquen en una posición exterior al colectivo femenino. Me parece que su presencia va a tener efectos beneficiosos para el conjunto. Recuerdo en este momento el tratamiento que hace Amelia Valcárcel de esta cuestión cuando dice que la solidaridad con otras mujeres como “espíritu de cuerpo” tiene que detenerse cuando la mujer que está en el poder tenga una actitud claramente antifeminista. Ahí la solidaridad sería una contradicción.

– El problema de la intransitividad del poder femenino sobre el que llama la atención Celia Amorós dificulta que repercuta de modo positivo que una mujer esté en el poder si no puede darle la alternativa a otras.

Es indudable que el acceso a la autoconciencia feminista es la solución a este problema. La rivalidad entre mujeres y el placer que algunas han encontrado en desmarcarse de su colectivo como excepciones que nada le deben a otras mujeres no es compatible con la comprensión de la necesidad de unirse para superar la situación subalterna del grupo. Ahora bien, en los casos en que existe la voluntad feminista solidaria, persisten ciertos problemas: la falta de experiencia en las dinámicas del poder, el ocupar posiciones precarias que dificultan la transmisión de las cotas de poder alcanzadas y la sobrecarga de trabajo debido a la doble y triple jornada. Por ejemplo, en los estudios superiores, todavía en numerosas áreas de conocimiento, las feministas deben hacer, además de las investigaciones que les interesan, otras para un currículum “ortodoxo”, “académico” en el sentido de no estar referido a cuestiones de sexo-género. Esta es una dificultad específica que se subsana en la medida en que se va reconociendo la perspectiva de género en las diferentes disciplinas y en la medida en que aumentan las mujeres que hacen investigación feminista y se pueden validar mutuamente.

– ¿Por qué sigue siendo la sexualidad el pretexto para dominar a las mujeres en la era del control de la reproducción?

La sexualidad fue el gran tabú hasta hace muy poco. El control reproductivo ha influido mucho en el grado de libertad. No podemos decir que estemos igual que antes. Pero persiste una noción posesiva y denigrante de la sexualidad que explica la violencia de género. En su forma más extrema llega a "la maté porque era mía". Esta noción posesiva niega la autonomía de las mujeres en las relaciones afectivo-sexuales. Y como señala Celia Amorós, el poder patriarcal determina las formas en que los hombres acceden a ese objeto transaccional que son las mujeres.

– Esto entronca con la crítica que de la ciencia como un paradigma Occidental y patriarcal, una forma de controlar el cuerpo de la mujer.

Una parte del feminismo desarrolló esta crítica epistemológica, explorando el espacio de la simbología de las metáforas patriarcales en el ámbito de la ciencia. Todo esto dentro del marco de la postmodernidad, para tener una perspectiva deconstructiva, ligada a otras perspectivas deconstructivas previas del paradigma racionalista. El enfoque feminista permitía criticar el dominio sobre la naturaleza como una expresión más de las relaciones patriarcales. A mí me parece sumamente interesante todo lo que se ha trabajado desde el feminismo radical en el ámbito de la salud, aunque yo no coincida con todos sus planteamientos. Creo que la ciencia y la técnica tienen aspectos emancipatorios y aspectos opresores. No me parece que debamos juzgar de una manera excesivamente rígida las intervenciones tecnológicas sobre el propio cuerpo. En ese sentido, creo que el término medio aristotélico es sabio. Ni un extremo ni el otro, sino juzgar con prudencia en cada caso. Si hay pequeños servicios que la tecnología nos puede facilitar, está bien, siempre y cuando no tengan costes excesivos para ese organismo que somos. El problema es cómo determinar cuándo es prudente utilizarlos y cuándo no lo es. Una clara conciencia de los estereotipos patriarcales y de sus formas vigentes, así como el acceso a una información independiente de los intereses económicos de la industria de la salud pueden proporcionarnos buenos criterios.

– Supongo que respondes del mismo modo que antes, cuando dijiste de la tecnología, que por el hecho de que tenga aspectos muy denostables no hay por qué renunciar a las ventajas que nos ofrece.

Efectivamente. A veces, observo en algunos estudios feministas un excesivo afán crítico por el que pareciera que el cuerpo, nuestro cuerpo, no tiene problemas. Yo soy tecnocrítica, pienso que tenemos que conservar el principio de precaución. Un principio de precaución que nos haga dudar antes de utilizar medios de cualquier tipo cuyas consecuencias no conozcamos. Pero me parece que, en ocasiones, algunas feministas hacen una interpretación un poco mistificadora del cuerpo, rechazando descripciones científicas que, a pesar de toda mi tecnocrítica, considero

correctas. Por ejemplo, encontramos un discurso que presenta los problemas de muchas mujeres en la menopausia (malestar, sofocos, etc.) como si fueran un simple producto del patriarcado. Es el mismo discurso que se hacía en los años setenta sobre el síndrome premenstrual. Parecía como que los dolores o cualquier perturbación que tuviera tu cuerpo no era sino el efecto de la alienación patriarcal sobre tu mente. Y eso es falso. Yo comparto la desconfianza y el rechazo feministas del tratamiento hormonal sustitutorio por sus graves peligros para la salud y por ser un intento de adaptar el cuerpo de las mujeres a estereotipos patriarcales. Pero eso no me obliga a decir que las molestias de climaterio no existen. Hay fenómenos biológicos, no somos pura construcción discursiva.

– Adviertes del peligro de la función acrítica de las nuevas identidades falsamente liberadoras que nos presentan adosadas a la revolución sexual, ¿qué políticas propones para advertir de este peligro a una sociedad que consume publicidad constante?

El Instituto de la Mujer ejerce cierto control de las imágenes sexistas pero el principio de libertad de expresión de las sociedades democráticas hace que esta vía, muy importante, sea necesariamente limitada. Por ello, hay que completar la tarea con la creación de cultura alternativa feminista. En ese sentido, Montse Boix no se cansa de recordarnos la importancia de la conquista del ciberespacio. Internet ofrece un excelente medio al alcance de quien no tiene acceso a los media. Debemos estar presentes lo más posible, por supuesto, en los medios de comunicación de masas tradicionales, pero sin olvidar las nuevas tecnologías.

– ¿Hay una escritura y un pensamiento filosófico de mujeres?

No sé si hay una escritura o un filosofar irreductiblemente diferentes, pero es lógico pensar que las situaciones prácticas históricas diferentes tienden a reflejarse en el discurso filosófico. Son muy interesantes, al respecto, por ejemplo, los análisis que hace Sheyla Benhabib sobre la relación entre el *pathos* trágico heideggeriano y la exaltación de la virilidad guerrera, o las observaciones de Fina Birulés sobre la categoría de natalidad en Hannah Arendt como dignificación del cuerpo. Lo que está claro es que las pretensiones de universalidad y neutralidad no pueden ser legítimas en una filosofía inconsciente con respecto al sesgo de género. La filosofía feminista constituye una auténtica posibilidad de reflexión autocrítica para el pensamiento filosófico.

– ¿Cómo te designas como feminista?

Me gustaría definirme como ecofeminista ilustrada. Es decir, dedicada a la tarea de construir un ecofeminismo que reúna las consignas de la igualdad con la crítica al androcentrismo y una profunda conciencia ecológica.